

La pervivencia de Unamuno

Nació hace ciento quince años; va a hacer cuarenta y tres que murió;* pero no ha traspuesto hacia el pasado, sino que permanece firmemente ahincado en el presente: es el comienzo del presente español. ¿Cómo es posible esta extraña vitalidad? Sugiero al lector un experimento: busque, en otros países, en otras lenguas, qué autores son *actuales*; cuáles son leídos -no estudiados- y leídos' no como clásicos, como modelos, como *supervivientes* de la gran marea de la historia, sino como *contemporáneos*, como hombres de nuestro tiempo, que inquietan, incitan, irritan, exasperan, con los cuales se puede discutir, por los cuales se puede uno apasionar, a los cuales se pueden atacar, como si pudieran defenderse -porque se tiene la impresión de que se defienden-.

TeI qu'en lui méme enfin Teternité le change

dijo Mallarmé en un verso inmortal. ¿Inmortal? ¿Podría aplicarse a Unamuno? ¿No nos parece que aún respira, que está haciéndose o deshaciéndose, que vive porque se desvive? ¿No es ambigua, equívoca, contradictoria su figura? Cuando leemos una página suya -artículo, discurso, poema, drama, novela, ensayo filosófico, lo que sea-, ¿no tenemos la impresión de que está hablando de eso que nos preocupa, de lo que hemos leído en el periódico por la mañana, de lo que está pasando en el País Vasco o en Cataluña o en Madrid, de esa lengua que hablamos, de lo que se está haciendo ahora mismo, o de esa pregunta que nos estamos haciendo ante la muerte ajena o la anticipación de la propia? Su voz no viene del pretérito, ungida de prestigio histórico: viene de la calle o suena en nuestra habitación -o dentro de nosotros mismos-, con su timbre inconfundible, con una personalidad no mitigada por la distancia, lo mismo que en el museo disuena un retrato romano de la perfección

* Escrito en 1979. Publicado en 1982 como introducción a «Expediente Administrativo de Don Miguel de Unamuno», en la colección «Expedientes Administrativos de grandes españoles», Ministerio de Educación y Ciencia.

ideal de las estatuas griegas. No es el verso de Mallarmé el que se le podría aplicar, sino otros suyos:

*Cuando me cfeáis más muerto
retemblaré en vuestras manos.
Aquí os dejo mi alma-libro,
hombre-, mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero. Soy
yo, lector, que en ti vibro.*

Sí, se ha quedado retemblando, vibrando, sin acabar de morir, sin entrar en la serenidad del pasado. Y con ello -seguido por unos cuantos españoles un poco más jóvenes que él, pero de muchos de los cuales hemos celebrado ya los centenarios- ha conseguido que el *presente* español se dilate hasta fechas incomparablemente más lejanas que en cualquier otro país que conozca. ¿Se imagina lo que significa, como riqueza social, como repertorio de posibilidades, como intensificación de la realidad, que el presente tenga un «espesor» desusado, tal vez mayor que en ninguna otra sociedad de nuestro tiempo?

Bastaría para probar la persistente actualidad de Unamuno el hecho de que han sido -y son- tantos los que han tratado y siguen tratando de impedir su lectura o de disuadir de ella; Unamuno sigue estorbando, sigue siendo incómodo, y no es mal criterio para juzgar a hombres y grupos echar una mirada a su actitud ante Unamuno: unos sienten gratitud por su existencia -sean cualesquiera sus críticas y reservas- y se sienten enriquecidos por él, estimulados, inspirados; otros quisieran que no hubiera nacido, lo ven como un gran aguafiestas-de cualquier fiesta-, muestran su impaciencia al ver que no se ha aquietado para siempre bajo una gran losa -de gloria o de execración, qué más da-; lo que piden es que de una vez sea olvidado.

O, si esto no es posible... Hay una alternativa al olvido: la transformación de Unamuno en «tema». ¡Tema, yo tema! -imagino que hubiera dicho Unamuno-. Cada loco -o cada tonto- con su tema. Ya que Unamuno no se ha desvanecido, ya que no se aviene a pasar más allá del horizonte, como el sol poniente, estudiémoslo. Vamos a disecarlo, analizarlo, buscar sus «fuentes» -secándolas de paso-, contar las veces que usó cada palabra, suponer que cuanto dijo le vino de alguna lectura -ya que el gran supuesto es que nada puede nacer-, anotar todas las *boutades* que se le ocurrieron, tomándolas en serio, hacer un censo de sus desahogos, suspiros, bramidos, humores buenos o malos; y, sobre todo, reducirlo a política, proyectarlo sobre un plano para así, bien doblado, guardarlo en la cartera o en un archivo. Si fuera posible, meterlo entero en un computador y hacerlo salir luego, a voluntad y por partes, en forma de tarjetas perforadas.

Esta especie nueva de purgatorio, Unamuno la imaginó, aunque quizá no esperaba que sus pecados lo llevaran a él. «Contar las cerdas al rabo de la esfinge, por no atreverse a mirarla a los ojos.» Esta era la operación a que dedicaban sus vidas los «eruditos», los de la «inquisición científica», los que, en los dos últimos decenios del siglo XIX, desanimaron a Unamuno de entregarse al pensamiento teórico -que tanto necesitaba-, hasta el punto, que nunca acabó de enterarse *bien*, desde su vida

y no sólo desde su mente-de que en seguida iba a empezar otra cosa, otra manera de pensar, otra forma más honda de razón, que hubiera podido encandilarlo.

Estudíese, con tal de no leerlo -ésta podría ser la consigna-. Es lo contrario de lo que Unamuno quería y esperaba. «Hacer que todos vivan inquietos y anhelantes», ésta era su misión. Necesitaba ser *imaginado* por sus lectores, es decir, vivificado; vivir, por lo pronto, por lo menos, *en ellos*, no ya en el nombre y la fama, sino en el íntimo estremecimiento que reproduciría el suyo, aquél en que había consistido, en un instante preciso, su vida. Esperaba aprisionar a los hombres posteriores a su muerte con los lazos de sus interrogaciones, hacerlos debatirse personalmente con ellas, intentar resolver lo que para él habían sido problemas, o por lo menos revivir con él su problematicidad. Confiaba en *dar compañía* a sus lectores futuros y desconocidos, como a él se la habían dado sus autores leídos y citados -*como fuentes de personalidad*, dije en mi viejo *Miguel de Unamuno*, no de autoridad-, alojarse así en sus vidas, en mundos que no había de conocer.

Domina ahora una tendencia consistente en buscar, reunir y publicar cuanto papel o nota dejó cada autor famoso. ¿Por piedad, *piélas*, sentimiento de veneración o devoción filial? A veces sí. Pero en otras ocasiones se trata de simple parasitismo o necrofagia, porque son muchos los que viven de los muertos; y no me refiero sólo, ni principalmente, a lo económico -que sería tal vez lo más justificado-, sino al nombre, a la fama, a lo que ahora llaman el *status*; son muchos los que viven de los muertos, literalmente a costa de ellos, acostándose o apoyándose en ellos; y como no se sienten capaces de interpretarlos, es decir, de hacerlos revivir, tal vez de otra manera que vivieron, pero de un modo que *podieron haber vivido*, es decir, enriqueciéndolos con un fragmento de sus vidas posibles, completándolos consigo mismos; como no son capaces de eso, digo, se contentan con buscar entre sus papeles para añadir algo a sus *Obras completas*. Sin preguntarse si ellos hubieran querido completarlas, si no las dejaron incompletas adrede, si habían escrito realmente eso que escribieron; quiero decir si habían *llegado a escribirlo* o solamente lo habían *intentado*, sin lograrlo, sin concluirlo, sin poder solidarizarse con ese papel frustrado que ahora se incluye en sus obras, haciéndoles *decir* así lo que no pudieron o no quisieron.

Y hay todavía otra posibilidad, más aterradora, y es que se trata de *ahogar* a un autor sepultándolo en sus propios papeles, haciendo que su *obra viva* quede anegada en un cúmulo de escritos prematuros, o desechados, o meros conatos, o declinantes y seniles, de tal modo que lo que aquel hombre *quiso decir* resulte una fracción, difícil de encontrar, de una masa de escritos deficientes, inmaturos, reiterativos, frustrados.

Pero -se dice- se trata de estudiarlo, y hay que conservarlo todo, y no omitir nada, y perseguir cada gesto y cada lectura y cada influjo, y así recomponer la totalidad. A esto habría que responder un par de cosas. Por lo pronto, que la totalidad es inasequible, porque una persona es inexhaustible, y eso que se presenta como totalidad no es más que una fracción, no representativa sino engañosa, precisamente por su pretensión de integridad. En segundo lugar, que esa acumulación podría justificarse en vista de ese *estudio*, como la disección o los análisis; y, por tan-

to, que el estudio ha de hacerse. Finalmente, que no suple la *lectura*, quiero decir la imaginativa y vivificante, actualizadora y en sí misma totalizadora, aquélla que se abandona a la influencia propia de cada género literario, que no se disuelve en datos, fragmentos o elementos, que imagina la figura entera del autor y localiza cada página en su contexto -entendiendo por contexto no «más texto», otros textos, sino el contexto *vital*, la vida del autor que por algo y para algo escribió aquella página, condensando ocasional, circunstancialmente en ella su vida entera y hasta las que no había vivido o no iba a poder vivir y la perdurable que esperaba o de la que desesperaba o dudaba-.

Hoy se consideran inadmisibles, o por lo menos indeseables, los escritos que se han publicado en vida de cada autor, los que han leído sus contemporáneos, aquéllos en los cuales y por los cuales ha existido, influido, fecundado; y sólo parecen buenas ediciones, dignas de estima, las que registran todas las variantes de los manuscritos, y todas las tachaduras y arrepentimientos, y están erizadas de notas al pie de página en que se aclara lo que el autor quería decir -haciéndole decir con frecuencia lo que nunca pensó- o de qué hablaba. Es decir, aquellas ediciones que nada tuvieron que ver con su existencia real de escritor; y, sobre todo, que *no pueden leerse*, que rompen y hacen imposible esa fluencia vital en que la lectura consiste, que quiebran el hilo de la imaginación que recrea y reconstruye el ritmo, la melodía, la andadura, la configuración de una vida humana. Se busca y consigue el antídoto de la resurrección.

Creo que Unamuno se hubiera sentido horrorizado de gran parte de lo que se escribe sobre él, e incluso del tratamiento que se da a porciones de su obra, o a escritos suyos que nunca consideró así, sino acciones vitales destinadas a pasar, una vez cumplida su función, como la inmensa mayoría de las conversaciones, que sería monstruoso registrar y conservar, que perviven dentro de las almas de los que las han sostenido o escuchado, tal vez ni siquiera en sus memorias, sino más adentro. El hecho de que Don Miguel de Unamuno viviera en Salamanca -y antes en Bilbao, y algunos años en el destierro- y no en Madrid, hizo que una parte muy importante de sus «conversaciones» se realizaran en forma de cartas, y hayan quedado escritas,- como en nuestra época podrían grabarse en un magnetófono. Pero este azar obliga a no considerar parte de su «obra» más que a lo que a ello estaba destinado, aunque sí fueran parte de su vida esas cartas conversacionales.

Unamuno era un *escritor* en el más pleno sentido de la palabra, y como tal era extraordinariamente responsable; más que como pensador o ideador, porque sus vigencias sociales, recibidas durante su formación, entre 1880 y 1900, indujeron en su mente cierto coeficiente de irresponsabilidad intelectual de la que se resintió su obra y le impidió alcanzar la genialidad que indiscutiblemente le pertenecía, que en ciertas dimensiones poseyó. Recuérdese cómo habla incesantemente en sus cartas del *Tratado del amor de Dios*, libro que por fin apareció en 1913 con el título *Del sentimiento trágico de la vida* -variación que revela un profundo cambio del contenido-, cómo se afanó durante años en esa obra, de la que tantas cosas le resultaban problemáticas, cómo no dejaba nada al azar o la improvisación. Recuerda con frecuencia Don Miguel que invirtió diez años en la preparación de su

primera novela, *Faz en la guerra* (1897), cómo se documentó largamente, y la incubó, imaginó a sus personajes, la elaboró en su forma literaria.

Ante un escritor o un pensador o un artista, el primer problema que se plantea es el de la jerarquía que dentro de su obra tienen sus diversas partes, sin olvidar las que no pudo realizar, y respecto de éstas hay que intentar poner en claro la autenticidad, la necesidad interna con que quiso llevarlas a cabo. ¿Qué es *primariamente* Platón o Aristóteles o Cervantes o Descartes o Fray Luis de León o Shakespeare o Víctor Hugo o Heidegger? El *Nachlass* o escritos postumos de Nietzsche, Husserl, Dilthey, Ortega, Heidegger, ¿qué significación tienen, y cuál es la de cada escrito particular? Y si nos hacemos una pregunta análoga respecto de un pintor o un músico, nos enfrentaremos con un tema esencial para su comprensión. Entre lo que pintaron El Greco, Rembrandt, Murillo, Velázquez, Rubens, ¿qué es lo medular y qué es lo accesorio? Y el equivalente de los escritos postumos o los meramente proyectados, de las partituras inconclusas, son los cuadros inacabados, que en algunos pintores son parte inmensa de su obra. ¿Por qué algunos han empezado y no terminados centenares de cuadros? ¿Por qué han concebido lo que, después de mayores o menores esfuerzos -a veces muy grandes-, no pudieron o no quisieron llevar a buen fin? Si llamamos «pintor» a Vermeer y a Picasso, ¿no estamos dando a ese concepto una elasticidad tal, que su aclaración en cada uno de los casos sería lo primero para entender a ambos?

Unamuno tenía la más aguda conciencia de este tema. En la introducción -¡Id con Dios!- de su primer libro poético (*Poesías*, 1907), dice:

*Aquí os entrego, a contratiempo acaso,
flores de otoño, cantos de secreto. ¡Cuántos
murieron sin haber nacido, dejando, como
embrión, un sólo verso! ¡Cuántos sobre mi
frente y so las nubes brillando un punto al
sol, entre mis sueños desfilaron como aves
peregrinas, de su canto al compás llevando el
vuelo y al querer enjaularlas yo en palabras
del olvido a los montes se me fueron! Por
cada uno de estos pobres cantos, hijos del
alma, que con ella os dejo, ¡cuántos en el
primer vagido endeble faltos de aire de ritmo
se murieron! Estos que os doy logré sacar a
vida, y a luchar por la eterna aquí os los dejo;
quieren vivir, cantaren vuestras mentes, y
les confió el logro de su intento.*

No menos de cuatro veces, con cuatro metáforas distintas, habla Unamuno de los hijos muertos, malogrados; de los que no llegaron a ser. Y es en los otros, en los

nacidos, en los que fia: son los que lo expresan y representan, aquellos en los que se siente él mismo realizado:

responderéis por mí ante Él, que sabe
que no es lo malo que hago, aunque no quiero,
sino vosotros sois de mi alma él fruto;
vosotros reveláis mi sentimiento,
¡hijos de libertad! y no mis obras
en las que soy de extraño sino siervo;
no son mis hechos míos, sois vosotros,
y así no de ellos soy, sino soy vuestro.
Vosotros apuráis mis obras todas;
sois mis actos de fe, mis valederos.

En esta perspectiva hay que situar los testimonios todos de la vida y la obra de Unamuno para entender su significación, su peso *-amor meus, pondus meum-*, su jerarquía. Y nos puede permitir comparar las diversas formas de pervivencia que Unamuno necesitaba y anhelaba; y, en lo que humanamente puede saberse, las que ha alcanzado.

Es clara la significación que para Unamuno tiene su poesía. Pero hay otro aspecto que conviene no pasar por alto. Cuatro años después de la publicación de ese primer tardío volumen *-tenía Don Miguel cuarenta y tres años cuando dio a luz su primer libro de versos-*, al enviar a Ortega su *Rosario de sonetos líricos en 1911*, añade a la dedicatoria una octavilla (que transcribí íntegramente hace mucho tiempo, en *El oficio del pensamiento*), donde hace esta confesión: «Ni de filósofo, ni de pensador, ni de erudito, ni de filólogo me precio; sólo presumo de ser un buen catedrático y un sentidor o poeta». Esta es la doble pretensión: *poeta, catedrático*. Nuestro siglo, en España, va a ofrecer egregios ejemplos de esa especie literaria que se ha llamado, sin coma intercalada, «poeta catedrático». Lo fue, el primero de todos, Unamuno; luego, Antonio Machado; después, Pedro Salinas y Jorge Guillen; algo más tarde Gerardo Diego, Dámaso Alonso y algunos más. Unos, más poetas; otros, más catedráticos; ambas dimensiones en relaciones distintas, con diversos grados de independencia o de fusión. Unamuno pone el catedrático por delante; y es interesante que use este título administrativo, y no una palabra como «maestro». Es decir, *un funcionario*, un hombre que ejerce una función profesional con arreglo a normas, en virtud de un título académico y una oposición, y que tiene deberes reglamentariamente prescritos. Eso, y además poeta *-que es, ciertamente, libertad, pero también otra manera de disciplina-*. Conviene tener esto presente si se quiere entender quién fue el extremoso y a veces energuménico Miguel de Unamuno.

Ahora se comprende qué sentido, qué interés puede tener el *Expediente académico de Miguel de Unamuno*. No se trata de «contar las cerdas al rabo de la esfinge», ni de acumular escritos frustrados o que no llegaron a nacer, o que fueron juzgados insignificantes por su autor. Se trata de otra cosa: *huellas*. Son las huellas de una dimensión de la vida de Unamuno, tal vez menos jugosa que las demás, menos

lirica, menos dramática, menos creadora, sin duda afectada por un elemento de rigidez administrativa. Pero repárese en que estos caracteres convienen admirablemente al *esqueleto*. ¿No fue el lado profesional de Unamuno, su condición de catedrático, lo que dio coherencia, consistencia y cierto equilibrio a su agónica figura? Y no sólo catedrático: desde la adolescencia estuvo orientado hacia la función que quería desempeñar: bachiller enj Bilbao, licenciado y doctor en Madrid, tenaz opositor a muy diversas cátedras de Instituto y de Universidad, relativamente indiferente a sus temas (Psicología y Lógica, Metafísica, Griego, Lengua española...), al parecer más interesado por la función, por la cátedra misma, que por el contenido de la enseñanza -tal vez secretamente convencido de que su disciplina iba a ser, en todo caso, Introducción a Miguel de Unamuno-. Y no sólo catedrático; no olvidemos su personalidad de Rector de Salamanca; no pasemos por alto lo que ese Rectorado significó para él, hasta qué punto vino a constituir el núcleo de su personalidad pública. Cuando el ministro Bergamín lo despoja de ese Rectorado en 1914, ¡qué conmoción! No sólo pública -en una época en que todavía existía sensibilidad para la violencia, la injusticia, la falta de respeto a las jerarquías intelectuales, aunque los que se beneficiaban de ello no lo vieran y no tomaran nota de ello-, sino privada, personal, íntima. Cuesta trabajo -a mí, personalmente, mucho- comprender que para Unamuno significara tanto ser privado de un cargo, de un «puesto», de un hueco social. ¿Cómo se compagina con su afirmación -sin duda sincera- de que «la única cuestión» es si hemos de morirnos del todo o no? Pero así es, y para Unamuno fue algo absolutamente decisivo, que condicionó, creo, su vida entera desde entonces y explica buena parte de su obra.

Y no olvidemos que la resonancia de ese episodio de su madurez lo persigue hasta la muerte, que su momento de gloria nacional coincide con su reposición en el Rectorado de Salamanca, el 23 de mayo de 1931, recién proclamada la República (después de que en los meses anteriores el gobierno de la Monarquía le había restituido su cátedra, y había ordenado el pago de todos sus haberes no percibidos desde su remoción). Y de ese Rectorado volverá a ser destituido, cerca ya de la muerte, y por partida doble: por decreto de Manuel Azaña el 22 de agosto de 1936, por otro de Francisco Franco dos meses justos después, el 22 de octubre del mismo año.

Y al acabar éste, la noche del 31 de diciembre, treinta años justos después de aquella extraña premonición de su poema «Es de noche en mi estudio», la destitución final, la muerte silenciosas que lo hirió junto a la camilla de su casa salmantina. Don Miguel había dicho: Yo no dimito de la vida; se me destituirá de ella».

Las decepciones de Unamuno

No se comprende bien la trayectoria de Unamuno si no se tienen en cuenta dos dimensiones de su persona que: no siempre son fáciles de conciliar. Por una parte, el Unamuno de la «única cuestión», preocupado por la muerte y la inmortalidad, la angustiosa necesidad de pervivencia, la lucha por una fe esquiva e insegura, la

agónica religiosidad. Por otra, el Unamuno que podría definirse con una palabra que en sus labios y en su pluma adquiriría una intensidad poco frecuente: *civil*; era ciudadano, hombre de la *civitas* -o de la *polis*, y por tanto político-, mezclado en todos los asuntos públicos, hasta los de la ciudad en que vivía, Salamanca, los que se llaman «locales»; y todo ello en forma concreta, desde su familia, creciente hasta llegar a ser numerosa, con su mujer siempre querida y sus ocho hijos, con sus enfermedades y sus estrecheces, sus necesidades perentorias, su preocupación por el futuro.

De ahí se deriva precisamente el aspecto *profesional* de Unamuno, tan ligado a lo que en él fue más propiamente creador. Quería ser catedrático, lo necesitaba, por lo pronto para casarse con su amada Concha Lizárraga y tener muchos hijos y mantenerlos; pero además para tener un puesto en la *civitas*, para influir en ella, contagiar sus inquietudes y sus angustias a los demás, sobre todo a los jóvenes -sin desdeñar a los que no lo eran-, contribuir a que España volviera a ser lo mejor que había sido y, sobre todo, llegara a ser lo que nunca había sido; España, que de modo tan hondo y apasionado fue el ámbito en que se inscribió siempre la vida de Don Miguel. Y todo ello ligado a la nombradía, a la inmortalidad del nombre y de la fama, que Unamuno consideraba insuficiente, incapaz de satisfacer el anhelo de vida perdurable personal, pero que en modo alguno: desdeñaba, y a la cual, pienso, se agarraba en sus momentos de desfallecimiento de; la fe, o sea de la esperanza.

Por todo ello, Unamuno quería y necesitaba con vehemencia ser catedrático. ¿De qué? En principio, de lo que fuese -no olvidemos que las disciplinas intelectuales no estaban tan diferenciadas como después, que el sentido de la especialización era mínimo: la licenciatura y el doctorado que cursó eran simplemente en Filosofía y Letras, sin especificación en secciones; su tesis doctoral de 1884, a los veinte años no cumplidos, era una *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca* (la de Ortega sería sobre *Los terrores del año mil. Crítica de una leyenda*, y aproximadamente a la misma edad)-; pero el interés capital de Unamuno estaba en la filosofía y la poesía, «hemiarías gemelas».

Unamuno quiere ser catedrático, en principio de Filosofía. (Pero también, y sin éxito, de Lengua vasca en el Instituto Vizcaíno de Bilbao, en 1888). En este mismo año, fracasa en su oposición a la cátedra de Psicología, Lógica y Ética del mismo Instituto; y en la misma fecha, a la de Metafísica en la Universidad de Valladolid. Todavía en 1890 intentará -sin éxito- la oposición a las cátedras de Metafísica de las Universidades de Barcelona y Valencia.

Solamente en 1891 conseguirá, como es bien sabido, la cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca, pocos meses después de su matrimonio. Esto fue decisivo para Don Miguel, porque centró su vida por siempre en Castilla, en una ciudad no muy grande, bastante lejos de Madrid en aquella época -y cerca de Portugal-, en una vieja e ilustre Universidad que había de regir durante muchos años.

Pero ello significó, no se olvide, la renuncia a ser profesor de filosofía, su adscripción a la filología, y concretamente al helenismo;. La actitud que ante la filosofía tomó Unamuno a lo largo de su vida entera -y que he estudiado en mi libro *Miguel de Unamuno*, 1943-, su hostilidad a la filosofía «formal» y como disciplina,

su desvío de la razón, ¿no se explica *en parte* por su decepción al no poder ser cate- drático de Filosofía, tras varios intentos? Unamuno -sus programas y memorias lo prueban- tenía una formación filosófica amplia y seria; estaba sometido a las vi- gencias dominantes, aceptaba el lenguaje en uso, planteaba las cuestiones de ma- nera socialmente aceptable; no era un extravagante, ni siquiera un manifiesto disi- dente. Lo que pasa es que *iba a otra cosa*, y probablemente se le notaba demasiado. La orientación positivista propia de los últimos decenios del siglo le era familiar, y en alguna medida la compartía; pero no estaba dispuesto a renunciar a la metafísi- ca, y el idealismo alemán pesaba demasiado sobre él para quedarse en las huellas superficiales de Gomte o en Spencer, menos aún en los positivistas recientes como Haeckel, Östwald o Dubois-Reymond. Pero no olvidemos la otra tendencia, la es- colástica, representada por Ortí y Lara y que mantenía una concepción inercial y extemporánea de la filosofía (que tan inesperada cosecha había de dar en la Espa- ña oficial cincuenta años después). Con ninguna de esas dos direcciones tenía mu- cho que ver Unamuno, y tampoco demasiado con los krausistas -aunque sintiese por ellos una estimación muy superior, y gran admiración por la principal figura del movimiento inspirado por Julián Sanz del Río, quiero decir, naturalmente, D. Francisco Giner de los Ríos-; además, los krausistas ya no eran krausistas, sino más bien un poco positivistas y otro poco neokantianos; pero lo decisivo es que se habían ido desentendiendo de la filosofía para orientarse hacia la pedagogía, el de- recho político y -en el caso de Cossío- la historia del arte.

Unamuno tenía pocas probabilidades de éxito en el campo de la filosofía ofi- cial. Lo grave es que su decepción como opositor lo llevó a volver la espalda a la fi- losofía, y *decidió no cultivarla*, aunque en el fondo -muy en el fondo- no hizo otra cosa en toda su vida. En 1938, a los dos años de su muerte y en plena guerra civil, escribí un largo ensayo titulado «La obra de Unamuno (Un probl ema de filoso- fía)», que envié a *Horade España* para su publicación en Barcelona, en un núme- ro que no llegó a aparecer, por la caída de la ciudad a comienzo de 1939 (puede leerse en el vol. V de mis *Obras*); este ensayo fue el germen de mi libro, escrito en 1942 y publicado en 1943, interpretación filosófica de la obra entera de Unamu- no; pero antes -es decir, durante toda su vida- no se pensaba nada parecido. Si Unamuno hubiese seguido adelante con su pretensión filosófica, realizada en la Universidad o no, su obra, su vida y la realidad filosófica española hubiesen sido muy distintas. Por cierto, desde 1939 se planteó, ahora colectivamente, una situa- ción análoga, aún de mayor adversidad, para el cultivo de la filosofía; sería intere- sante escribir la historia de las decepciones de entonces-y de sus excepciones-.

Pero no es esto sólo. Instalado Unamuno profesionalmente en el campo de la filología, más interesado por la románica que por la helénica, le va a sobrevenir una nueva decepción. La historia había sido parcialmente conocida hace mucho tiempo, en su plenitud solamente ahora, cuando Bárbara Huntley encontró y pu- blicó en 1977 (con la colaboración de Pilar Liria) el manuscrito del grueso libro es- crito por Unamuno y presentado al concurso de la Real Academia Española, *Gra- mática y glosario del Poema del Cid* (Colección Boreal, Espasa-Calpe). El concur- so fue convocado en 1892, al año siguiente del establecimiento de Unamuno en su

cátedra de Salamanca; desde entonces hasta 1894, trabajó fieramente, con enorme conocimiento y empeño; en febrero de 1895, la Academia concedió el premio a Ramón Menéndez Pidal, cinco años más joven que Unamuno y a quien éste no conocía; el trabajo premiado tuvo 19 votos; Lomb y Pedraja, 1; Unamuno, ni uno sólo.

Su decepción fue enorme, y está ampliamente documentada. Lo más grave es que Unamuno, ahora, *vuelve la espalda a la filología* -por supuesto, sin dejar de hacerla, interesado por ella, pero a manera de excursión intelectual, a salto de mata, sin formalizarse-. Es bien notorio -y bien extraño, si se miran bien las cosas- que nunca escribió nada sobre el tema de su cátedra, sobre filología griega. Pero tampoco escribió ya en serio y con dedicación sobre filología románica y española, ni siquiera cuando ocupó, primero por acumulación y luego por propiedad, la cátedra de Historia de la Lengua castellana: nunca se curó del descalabro de su concurso académico sobre el *Poema del Cid*.

En el mismo año 1895 publica Unamuno, en *La España Moderna, En torno al casticismo*, su primer libro importante; en 1897, su primera novela, *Paz en la guerra*. «Ambos libros-he escrito en el prólogo a la edición de ese estudio inédito hasta ahora sobre el *Poema del Cid*- significan quizá la *resaca* de aquella decepción; quiero decir que la definitiva orientación de Unamuno hacia el ensayo, la novela, el drama, la poesía y los artículos, el hecho de que nunca publicara un sólo artículo de su especialidad de helenista, ni un sólo trabajo «técnico» de lingüista o filólogo, sólo adquiere su plena y auténtica significación sobre el telón de fondo que es este largo estudio olvidado. Es el autor de *Gramática y Glosarios del Poema del Cid*, el que había llevado a cabo este enorme esfuerzo, el que poseía la sorprendente información que aquí se revela, el que *no* escribió más sobre estos temas, pudiendo hacerlo tan bien. -Unamuno interrumpió, apenas iniciada, una carrera de *Gelehrter*, de *scholar*, para ser escritor, novelista, poeta, hombre de imaginación. Pero ese *Gelehrter*, ese *scholar*, lo llevaba dentro: aquí está la prueba. No es que «no llegó» a él, es que **renunció** a esa posibilidad de su vida».

¿Qué hubiera pasado -me he preguntado- si Unamuno hubiese ganado el concurso? ¿Qué hubiera pasado si hubiese conseguido ser catedrático de Filosofía? ¿Cómo hubiese tratado estas disciplinas, llevando su inspiración a formas de rigor metódico, sitiándose estrictamente responsable? Lo que me interesaba subrayar es que la decepción *oficial* que experimentó en ambos casos lo retrajo, no de la vida oficial, sino *de esas disciplinas*, es decir, que tuvo consecuencias decisivas para su vida personal y para su obra.

Y agréguese, finalmente, una decepción más: el cese como Rector de Salamanca en 1914, y que fue de una profundidad y unas repercusiones que hoy nos sorprenden. Creo que los efectos de esta decepción fueron; muy graves, porque su manera de sentirse en España y, sobre todo, su actitud frente al Estado y la política quedaron hondamente afectadas. Es bien conocida su posición frente a la dictadura de Primo de Rivera y a Alfonso XIII, desde 1923; pero si se leen sus artículos anteriores, ya desde 1914, se advierte que están ya muy cerca de los que había de escribir después del golpe de Estado del 13 de septiembre. Lo cual obliga a ver con otros ojos

su campaña contra la Dictadura y la Monarquía que, al aceptarla, había dejado de ser constitucional.

La pervivencia filosófica

Como Unamuno se retrajo muy pronto de la filosofía como tal, como renunció a ella y en cierta medida simuló desdeñarla, aunque se ocupó de ella sin descanso a lo largo de su vida y en todos los géneros literarios, su influencia ha sido larvada, y su pervivencia ha quedado afectada por diversas ambigüedades y algunos azares históricos.

Sirvió, sobre todo, de estímulo. Los oyentes de Unamuno en Salamanca, sus lectores sobre todo -en España, luego también en Hispanoamérica-, recibieron desde muy pronto alusiones constantes a la filosofía, mezclada con todo, introducida en cualquier tema, puesta en circulación. Diría que Unamuno llevó a cabo la desamortización de la filosofía, que en España llevaba siglos en manos muertas. No se olvide que los krausistas -lo más serio que filosóficamente se hizo en nuestro país en el siglo XIX- eran muy malos escritores, y que sus libros apenas eran legibles; donde terminaba la influencia vivificante de la palabra, de la presencia, del diálogo -fueron excelentes maestros-, moría la doctrina. Unamuno hacía lo contrario: eludía o negaba la filosofía, pero la llevaba a todas partes, la hacía refulgir ante los ojos del lector, que se familiarizaba con sus nombres, sus temas, sus preguntas.

El temprano descubrimiento de Kierkegaard, la fascinación que Unamuno sintió por él, al reconocer un espíritu gemelo, un hermano, contribuyó a alejar a Unamuno de la filosofía en forma explícita y rigurosa. Unamuno se había defendido de otras formas de irracionalismo -incluso de la brillante y apasionada de Nietzsche- porque las miraba con desconfianza y las sometía a crítica bastante racional; frente a Kierkegaard, que no era filósofo «profesional», bajó sus defensas, y se dejó ganar. Y entonces es cuando resulta más influyente, como estímulo negativo y polémico, cuando *Del sentimiento trágico de la vida* obliga a Ortega a no esperar más, a anticipar en *Meditaciones del Quijote* (véase mi edición comentada) la primera versión de su filosofía de la *razón vital*.

Será precisamente desde esta filosofía, no por Ortega mismo, que había tenido también su «decepción» de Unamuno, que había perdido las grandes esperanzas filosóficas que en él había puesto en su juventud -no se olvide que Ortega era diecinueve años más joven que Unamuno-, pero sí a la luz de su pensamiento, desde donde aparecerá la significación filosófica de Unamuno, a pesar de él mismo. La última sección de mi libro antes citado da un balance impresionante de intuiciones y hallazgos. Lo que pasa es que todo eso, en su autor, no era propiamente filosofía, y no sólo porque no quisiera, sino porque evitó ciertos requisitos esenciales de la filosofía. Pero es indudable que, en forma prefilosófica o, si se prefiere, parafilosófica, Unamuno había descubierto desde muy pronto y hasta el final de su vida verdades importantes, muchas de ellas coincidentes con las que unos cuantos años *después* iba a formular con éxito la filosofía europea.

Por cierto, es sorprendente la ausencia de referencias de Heidegger en la obra de Unamuno, tan gran lector, y que hubiese debido sentirse hondamente impresionado por *Sein und Zeit*. Como es sabido, este prodigioso libro apareció en 1927. En aquel momento, Unamuno estaba muy politizado, inmerso y casi obseso en su campaña contra la Dictadura; pero además es el tiempo de su destierro: *estaba en París*. Si hubiese estado en Salamanca, es probable que hubieran llegado a sus manos los escritos de Heidegger; Ortega habló de ese libro en 1928; al año siguiente, Zubiri se fue a Alemania para estudiar con Heidegger. Recuérdese cuánto tardó el nuevo filósofo alemán en ser conocido en Francia 4su verdadera difusión no se inicia hasta después de la publicación de *L'Être et le Néant* de Sartre, en 1943, siete años después de la muerte de Unamuno-.

A partir de esta fecha precisamente se inicia el reconocimiento *filosófico* de la obra unamuniana, incluso, y muy principalmente, de la parte de ella que había parecido puramente literaria: la novela. Son los años en que se utiliza la ficción como método filosófico (Gabriel Marcel, Sartre, Simone de Beauvoir, en cierto modo Camus). Unamuno lo había hecho desde 1897, y yo lo formulé teóricamente en 1938 -cuando el tema era enteramente desconocido en Burgos-. Entre estas fechas y, aproximadamente, 1960, Unamuno logra -y no sólo en España- una inesperada pervivencia filosófica: entra, sin restricción, en la historia de la filosofía.

¿Y después? Podría tenerse la impresión de que la figura filosófica de Unamuno ha palidecido, de que ha languidecido su influencia, tan enérgica hace unos pocos años. Pero sería, creo, un error considerar que sus posibilidades están agotadas; más bien al contrario, se ha llegado al nivel en el cual el pensamiento de Unamuno puede resultar verdaderamente fecundo, en que se pueden remediar sus deficiencias sin que ello invalide sus hallazgos; quiero decir que basta con prolongar las líneas de sus descubrimientos para que *ellos mismos* recobren sobre el conjunto del pensamiento de Unamuno, lo corrijan y completen. Sobré todo esto he escrito muy largamente, y no voy a repetirlo aquí.

La razón del aparente eclipse filosófico de Unamuno reside, más que en él, en el estado actual de la filosofía. Es ella la que ha palidecido, la que -en los niveles públicos al menos- ha languidecido y se ha olvidado de sí misma. No es tanto que la filosofía haya olvidado a Unamuno como que muchos filósofos han olvidado la filosofía. Prueba de ello es que se podría decir cosa parecida de la mayor parte de los grandes pensadores de nuestro siglo: el propio Heidegger, Jaspers, Marcel, Bergson, Whitehead...

Pero he dicho el estado «actual» de la filosofía, y no estoy seguro de que la situación que acabo de describir sea ya plenamente actual. Si no me equivoco, después del ensayo de una serie de sucedáneos -más o menos interesados- para intentar eliminar la filosofía -análisis lingüístico, marxismo, estructuralismo, etc.-, lo que se ha conseguido es apagar la esperanza de los hombres de nuestro tiempo en la filosofía, reducir ésta a un menester de «profesionales». Pero hay un momento -y ya está llegando- en que los hombres y mujeres de una sociedad necesitan saber a qué atenerse, sienten la fatiga de las consignas, de las recetas, de las fórmulas sin evidencia; entonces vuelven sus ojos a los que buscan -hoy o ayer, tanto da: los filósofos del

pretérito *siguen buscando*- verdades justificables. En esto se funda mi persuasión de que la pervivencia filosófica de Unamuno-de Unamuno ya no solo-es irreversible.

La dimensión religiosa

Lo que hizo más polémica la figura de Unamuno fue sin duda su posición religiosa; o, si se quiere ser más exacto, la serie de sus posiciones religiosas. No es fácil para un español de hoy darse cuenta del apasionamiento que se ponía al juzgar las actitudes dentro de o ante la religión. ¿Por ser un país muy religioso? Unamuno hubiera respondido que no; siempre se quejó amargamente de la falta de religiosidad de sus compatriotas. «Muy católicos, pero muy poco cristianos», se cuenta que dijo de los españoles un cardenal extranjero, hace algo más de sesenta años, y son muchos los que estarían dispuestos a aprobar esa fórmula ingeniosa. A mí personalmente me resulta difícil contentarme con ella, y creo que un análisis de las formas, los contenidos y las intensidades de la religiosidad española durante siglos -y desde luego en el nuestro- llevaría a conclusiones complejas e interesantes.

En un prologuillo de pocas líneas, fechado en 1942, que antepuse a mi libro *Miguel de Unamuno*, hablé de su «innecesaria heterodoxia». Esta expresión ha irritado considerablemente, perorada día me parece más justificada, y por partida doble: Unamuno no necesitaba interpretar heterodoxamente *su* pensamiento (otra cosa sería si se hablase de lo recibido, de lo vigente en su tiempo), y por supuesto no era necesario interpretar como heterodoxia, desde una celosa ortodoxia que muchas veces encubría sólo ignorancia e intransigencia, muchas ideas de Don Miguel, que tal vez eran extraordinariamente valiosas, simples anticipaciones de lo que la Iglesia como tal iba a proclamar treinta años después de su muerte.

El hecho es, en todo caso, que Unamuno se ocupó toda su vida de religión, con vehemente apasionamiento; que tenía un conocimiento desusado, muy superior al de la inmensa mayoría de los eclesiásticos -incluso de los que se llaman, a veces con notoria exageración, «teólogos»-, y que se extendía a los autores protestantes, anglicanos, luteranos o calvinistas, o tal vez unitarios, cuyo valor reconoce hoy holgadamente la Iglesia católica; que en casi todos los periodos de su vida se consideró heterodoxo y discrepante; y, finalmente, que -con escasas excepciones, la mayoría de ellas nacidas de un trato personal-, fue tratado por los representantes del catolicismo español con absoluta incomprensión y en muchos casos con cerrada hostilidad. Pero hay que añadir algo muy importante, y es que esta actitud no fue tan compacta y violenta durante la vida de Unamuno como después de su muerte, coincidente con la guerra civil: entre 1936 y el Concilio Vaticano II, es decir, durante cerca de treinta años, la aversión a Unamuno, extendida a cuantos se interesaban por él y trataban de entenderlo y valorarlo, fue de una virulencia ilimitada; podría documentarlo ampliamente, y soy testigo de excepción: hoy no se tiene ni idea de lo que era publicar hacia 1940 un libro sobre Unamuno que fuese un estudio intelectual y no un libelo, un expediente de depuración política o un proceso inquisitorial.

La obsesiva preocupación religiosa de Unamuno no encontró mucho eco ni en sus coetáneos del 98 ni en la generación siguiente, la de 1886; más bien les estorbaba a los que mantenían una actitud de desinterés o tibieza. La generación de 1901 (la que suele llamarse, cuanto se trata de poetas, «del 27») cambió de postura; es la primera generación española en que los intelectuales, con gran frecuencia, son creyentes, católicos rigurosos, sin conexión alguna con el partidismo reaccionario que solía unirse antes a esa posición religiosa; entonces empieza a estimarse y valorarse positivamente la dimensión religiosa de Unamuno. Y esto se acentúa en la generación de 1916 -la mía-, formada universitariamente en los años de la República, sin presiones oficiales a favor del catolicismo, pero quizá por eso más abierta a él que ninguna otra. Y, en forma distinta, ya de nuevo con tales presiones, con caracteres «recibidos» pero sin duda apropiados, la generación que sucede a ésta, la de 1931 (los nacidos entre 1924 y 1938, la que ha accedido al poder social, y desde luego político, en 1976), se *interesa, primariamente* por el Unamuno religioso. Representa, pues, el máximo de pervivencia de ese aspecto de su obra y de su personalidad.

Las cosas han cambiado bruscamente después. La generación que sigue a la que acabo de caracterizar, la de 1946, ha sido sometida a las más fuertes presiones sociales que yo recuerde, y muy particularmente a una fortísima *vigencia de irreligiosidad*, que ha llevado a una súbita volatilización o evaporación de la fe en la mayoría de los jóvenes de ese nivel de edad, tan pronto como han ido ingresando en el mundo histórico. Por eso, el fervor por Unamuno que la generación anterior sintió, incluso con preferencia a Ortega, de cuya influencia fue enérgicamente «disuadida», ha quedado inhibido y casi anulado. Los miembros de la generación de 1946, que hubieran podido sentir entusiasmo por muchos aspectos de la vida y la obra de Unamuno, lo han visto refrenado por la incapacidad de eliminar de su figura la dimensión religiosa, con la cual no sabían qué hacer y que rompía sus esquemas vigentes. Pero ya está en escena una generación todavía más joven, la de los nacidos después de 1953 -a la cual pertenecen, entre otros, los estudiantes actuales-, que será menester filiar con muy distintos atributos: nada me sorprendería una reviviscencia en ellos del entusiasmo *religioso* por Unamuno.

Lo más importante que hay que decir, sin embargo, no es esto, sino que, a la luz de las recientes vicisitudes del catolicismo, la «heterodoxia» de Unamuno parece ligeramente cómica. Salvo la *interpretación* como tal -que no deja de tener importancia-, si nos fijamos en los contenidos, en lo que los teólogos solían llamar «material», apenas hay sacerdote o religioso, sin exceptuar a muchos prelados, que no diga o escriba cosas infinitamente más apartadas de la doctrina tradicional de la Iglesia que todo lo que a Unamuno se le ocurrió, sin que esto lleve a su consideración como heterodoxos. Y, si se piensa, no en lo que dicen o escriben, sino en lo que ni dicen ni escriben, en lo que callan y omiten, la cosa es mucho más asombrosa: sombra y silencio pesan sobre porciones inmensas del contenido de la religión cristiana, precisamente aquellas que Unamuno se esforzó por iluminar, incluso prendiendo fuego al edificio cuando no podría encontrar una luz más serena.

La figura política

Hombre *civil* fue Don Miguel de Unamuno, atento a los problemas de su ciudad terrena, en la cual se prepara uno en todo caso -esperanzada, agónica o desesperadamente- para la otra, la Jerusalén celeste. No hubo cuestión española que le fuese ajena, y a todo acudió con su palabra, con su pasión, a veces con arrebato, en ocasiones con injusticia; por supuesto con la contradicción cuyo derecho reclamó siempre. Fue ocasionalmente socialista, aunque pronto dejó de serlo (ahora no se recuerda lo primero y se olvida lo segundo); antimonárquico bastantes años -aproximadamente desde 1914 hasta que cayó la Monarquía y recuperó su libertad ante ella-; republicano afirmativo mientras pudo, y crítico implacable de los que -¡con cuánta razón!- le parecían destructores de la República; hostil a lo que así seguía llamándose durante la guerra civil, y a sus enemigos y definitivos destructores, tan pronto como se dio cuenta de quiénes eran y adonde iban, de lo que llevaban dentro. Liberal siempre.

Los dichos de Unamuno sobre la política no siempre parecen justificados, con frecuencia son extremosos, a veces energuménicos -su tentación más grave-; sus hechos son mejores, casi siempre nobilísimos, porque brotaban de su alma hecha de nobleza. Fue defensor de la libertad, de palabra y por escrito, pero sobre todo con sus actos, porque la ejerció siempre, a cualquier precio. Y en eso consiste la verdadera condición liberal, en vivir libremente -y dejar vivir a los demás-.

Esto requiere tres condiciones: autenticidad, claridad y valentía. Con esto basta para ver lo difícil que es ser liberal, y explica lo mucho que irrita esa postura humana a los que no pueden o no quieren costearla. Unamuno poseyó esas tres condiciones, en grado eminente la última. La claridad se le empañó algunas veces, en alguna ocasión cedió a lo que se esperaba de él, a su figura pública, al que «salía en los papeles», y fue menos él mismo; será difícil encontrar en su larga trayectoria activa un momento de flaqueza o cobardía: el valor lo acompañó siempre, el valor civil y cotidiano, que no necesita exaltación ni estímulos exteriores, el más difícil de todos.

Como la política es circunstancial, sus contenidos no pueden tener excesiva actualidad fuera de las situaciones correspondientes; y Unamuno no tuvo propiamente una *doctrina política*, sino más bien una aplicación política de su doctrina personal. Tuvo escasa comprensión para los caracteres constitutivos de la vida colectiva, y por eso su acción política fue con frecuencia *extemporánea*. Todo esto hace que sea difícil la pervivencia, en otras circunstancias, tantos años después, con otras ocasiones -solía ser ocasional-, de la acción política de Unamuno. Agréguese a esto que, formado en situaciones de considerable templanza y con vigencias muy fuertes de un liberalismo y una democracia imperfectísimos pero muy reales, Unamuno -y otros con él- echaron mano de la caja de los truenos ante desmanes que hoy nos parecen veniales. Se siente un poco de malestar al leer lo que Unamuno decía de los gobernantes de la Monarquía constitucional -Romanones, La Cierva, Dato-, y luego de Primo de Rivera y de Alfonso XIII, ya durante la Dictadura, su ilimitada indignación, como si hubiese llegado al fondo, cuando fal-

taba tanto para llegar a los abismos que sólo pudo entrever, durante unos meses, y cuya visión lo condujo probablemente a la muerte. Más aún que la guerra como tal, como lucha, el abismo de maldad, odio, torpeza y desprecio al hombre que fue nervio de la acción «política» en ambas zonas.

Ese último fondo de liberalismo, sostenido por la valentía personal, es lo que constituye el núcleo perdurable y precioso de su figura política. Es lo que tiene aptitud para pervivir, lo que merece quedar. ¿Pervive? Unamuno ha sido para casi todos *incómodo*. Ha estorbado a la política (a lo que se ha llamado política) durante los primeros cuarenta años que han seguido a su muerte; *ahora podría* revivir, debería ser maestro en el difícil aprendizaje de la vida política civil y civilizada. Pero hay demasiados -y demasiado influyentes, demasiado manipuladores- a quienes estorba su insobornable liberalismo y esa peligrosa consecuencia a la que no escapa el lector de Unamuno: sentirse *persona*.

Escritor vivo

Hace unos años, una edición popular de una novela de Unamuno, *La tía Tula*, vendió en un par de meses -con ayuda de la televisión, hay que decirlo todo- 600.000 ejemplares. La cifra es tan descomunal, que importa retenerla; que un escritor nunca «popular», inactual -muerto treinta años antes-, tampoco consagrado como un «clásico», pueda llegar a tal número de personas, es indicio infalible de su vitalidad. Como escritor, Unamuno está plenamente vivo; más aún, ha estado vivo sin interrupción, lo cual es infrecuentísimo, ya que lo normal es que los autores, un poco después de su muerte, entren en una zona de olvido, de la cual algunos salen, donde los más se quedan para siempre.

Y hay que añadir que se han hecho considerables esfuerzos para enterrar a Unamuno, desde muy diversos frentes: el clericalismo, el reaccionarismo político, los nacionalismos vasco y catalán, el marxismo; y, por supuesto, sus interferencias. Como toda la generación del 98, a la cabeza de ella, por edad y significación, el escritor Unamuno permanece vivo, tanto como durante su vida terrenal. En rigor, más, con fama más dilatada, con lectores mucho más numerosos. Por otra parte, su obra en circulación ha crecido enormemente, por la publicación de inéditos, algunos tan importantes como el *Diario íntimo*, pero sobre todo por la colección en libros de innumerables escritos breves, dispersos, leídos por muy pocos y casi enteramente olvidados. Unamuno ha sido un autor fecundo tras su muerte -casi tanto como Ortega-, porque no ha cesado de aumentar.

Lo que es desigual y cambiante, a lo largo del tiempo, es la vivacidad de cada uno de sus géneros literarios. Ya he hablado de la suerte de sus escritos de índole filosófica, salvados inicialmente por su calidad literaria, que han tenido que recibir una interpretación adecuada para ser elevados al nivel riguroso de la filosofía, y que desde él han revelado la pertinencia y significación de esa forma literaria; a la cual se añade una que inicialmente no aparecía como tal, y que resulta lo más relevante filosóficamente: la novela («existencial», como la llamé en 1938, o «personal», como más adecuadamente he preferido decir después).

Esa misma novela, como tal, como género literario, aparte de su significación teórica, ha tenido considerable vitalidad, pero no demasiada fecundidad como estímulo a otros escritores. Quiero decir que ha sido y sigue siendo muy leída - incomparablemente más que en vida de su autor-, pero no ha engendrado a otros novelistas, ni españoles ni extranjeros, salvo mínimas excepciones. Los primeros, porque se embarcaron en el más fácil camino de Baroja, desde el cual pasaron a la primera tentación al «realismo social», y cuando han empezado a escapar de esta servidumbre han vuelto sus ojos a la novela reciente hispanoamericana o a la anglosajona, con olvido de lo más interesante de la herencia española: Unamuno, Azorín, Valle-Inclán, Miró, Ramón Gómez de la Serna. Una de las razones de ello es que lo extraño se puede «asimilar» más o menos pasivamente; si no imitar, al menos «traducir» -y no me refiero sólo a la lengua-, mientras que lo propio se ha de *recrear*, y ello es más difícil. En el caso de Unamuno, esto es aún más necesario, porque sus novelas son decididamente imperfectas, deficientes, inadecuadamente realizadas, y lo que habría que hacer sería *escribir la novela unamuniana que Unamuno no llegó a escribir*.

De todos modos, la más perfecta de ellas, la primera, *Paz en la guerra*, es por eso mismo el libro más iluminador que se ha escrito sobre lo vasco y los vascos, sobre sus virtudes y tentaciones, sobre el destino no aceptado, sobre tantas cosas de la más candente actualidad; no se debería permitir hacer ni decir nada sobre el País Vasco a quien no hubiese leído a fondo *Paz en la guerra*. Y la más intensa de todas, *San Manuel Bueno, mártir*, demasiado breve y no plenamente desarrollada, es el esbozo de lo que *podría* ser una novela realmente posterior a Cervantes, que diese un paso más allá de las consecuencias de su descubrimiento- y, por tanto, más allá de toda la novela contemporánea-

En cuanto al teatro de Unamuno, ciertamente no ha pervivido -ni llegó a vivir-. No ha tenido la suerte del de Valle-Inclán, casi inexistente como teatro mientras vivió su autor y muchos años después, resucitado en los últimos decenios. Pero es que el de Unamuno no tenía la vitalidad intrínseca del de Valle-Inclán, que era genialmente innovador; era «inadecuado» a los usos escénicos de su tiempo, que eran insuficientes; el de Unamuno era inadecuado a la escena sin más, y sus excelencias -que las tiene- habrán de salvarse, si se salvan, en *otras* obras que nazcan de las suyas, no en las suyas.

Finalmente, la poesía. Tardó en su publicación (1907, a los cuarenta y tres años, el primer libro, es decir, cuando la inmensa mayoría de los poetas han dejado de innovar, rebelde a las vigencias poéticas del momento, sobre todo al modernismo -aunque no enteramente ajeno a él ni incapaz de comprenderlo-, extemporáneo casi siempre, autor de demasiados poemas, que iban de lo genial a lo lamentable, y que han sido publicados sin discriminación después de su muerte, cargando de considerable lastre su obra poética, a pesar de todo, su intensidad, su sinceridad, su tremenda fuerza expresiva, hacen que el poeta Unamuno haya resultado una de las figuras insustituibles de la poesía de su generación y de todo este siglo.

Conviene recordar que Unamuno, a semejanza de Valle-Inclán y algunos más, a diferencia de otros, mantuvo su capacidad de renovación *desde dentro*, de crea-

ción, hasta el final de su vida. Es una de las razones de su pervivencia como escritor: su muerte no vino a poner el sello a una realidad ya concluida, sino que cortó brusca, violentamente, una corriente que manaba y pedía continuidad. Y ello se advierte en una obra íntegramente palpitante, sin esclerosis, que no merecía ser interrumpida, que sigue dando latidos.

La pervivencia histórica

Pienso que a Unamuno le habría horrorizado la perspectiva de que su obra sobreviviese a su muerte, pero no él mismo; que sus libros fuesen leídos como libros, «objetivamente», es decir, como objetos -aunque fuesen «objetos ideales», conjuntos de significaciones-, y no subjetivamente, como *suyos*, del sujeto insustituible Miguel de Unamuno. No ya que fuesen conservados como anónimos, y retenidas sus ideas válidas, independientes de su autor, sino que, aunque fuesen libros «de Unamuno» no se supiese bien *quién* fue Unamuno, no se evocase un hombre sino un nombre.

Por fortuna, no ha sido así. Lo que verdaderamente pervive, más aún que las ideas, la melodía de la frase, los temas o aun el ejemplo, es *la figura*. Todos, hasta los que lo han leído muy poco o no muy bien, saben *quién* era Unamuno, y cuando se pronuncia su nombre se evoca su rostro, su cuerpo erguido, arrogante, un poco vencido al final, su manera personal de vestir, su gesto altanero y enigmático de buho. De Unamuno se ha salvado la cara, el *prosopón*, incluso la máscara; es decir, *la persona*.

Y se ha salvado, se ha conservado gracias al milagro de la lengua cuando se la usa creadoramente. Unamuno ha sido uno de los grandes creadores de la lengua española. Y digo «grandes», porque creadores son todos los que la hablan *desde sí mismos*: los millones de hombres y mujeres -muy cerca de trescientos, más los muertos innumerables- que en España y América hablan el español como lengua propia, haciéndola, inventándola, ensayando sus posibilidades. Y no, claro, los que la anquilosan, podan, empobrecen, mutilan o distorsionan repitiendo inercialmente los términos o, lo que es peor, los giros imitados de otros usos lingüísticos, sin reviviscencia, los semicultos que hablan y escriben desde los tópicos, desde los lugares comunes y no desde su propio sitio. La lengua, o se hace o se deshace: *tertium non datur*, o se la está creando coloquialmente o se la está maquillando, disfrazando, encubriendo, sofocando.

Unamuno fue tan genial creador, contribuyó tanto a hacer sonar con matices nuevos nuestra lengua común, que hoy se puede hablar de *la lengua de Unamuno*, precisamente porque Unamuno era de su lengua. Y la manera concreta en que llevó a cabo esa innovación tan lingüística como literaria fue su condición de vasco radical, su manera de vivir vascamente el castellano, de hablarlo y escucharlo y escribirlo desde esa instalación insertiva que se llama Vasconia. Hasta el punto de que el primer ejemplo de Vasco que se viene al pensamiento, aquí o en cualquier parte, es Unamuno; y si se quiere entender qué es ser vasco, a Unamuno se acude

-y, a través de él, a algunas de Sus criaturas de ficción-. Dentro del español de Unamuno está el vascuence, que rezuma en su prosa o en su verso, no tanto en alguna palabra euskera que ocasionalmente usa, sino más bien en la preferencia vasca dentro del léxico español, la sintaxis, con matices posibles dentro de la increíble libertad de nuestra lengua -compárese la con la norma estricta del francés o el alemán-, y sobre todo en la melodía de la frase. El español de Unamuno es un español vasco, y por ello no menos español, sino un poco más, porque su obra ha impuesto una dilatación a la lengua y la ha hecho crecer y adquirir posibilidades nuevas.

En definitiva, Unamuno pervive como *parte de España*. Es un ingrediente, mínimo en comparación con su magnitud total, pero inconfundible, insustituible, irrenunciable, de la gran significación viviente, histórica, cambiante, creciente o menguante, como la luna, del nombre «España». Decir España en el siglo XX -y creo que desde el siglo XX- es decir, entre otras cosas, «Unamuno». Esto es lo que muchos, por adivinarlo mientras vivía, no se lo perdonaban, lo que otros no le perdonan, lo que a algunos nos llena de alegría.

Unamuno forma parte de nuestra herencia, de nuestro haber, de nuestra hacienda. Con su mente etimológica, con su manera etimológica y no plenamente espontánea de vivir la lengua, con su afición a andar por su subsuelo, Unamuno hubiera dicho que era parte de su *ansia*, es decir, de su *susto*, *ncia*. Y así es. Hecho de sustancia española, por serlo en plenitud llegó a ser ingrediente esencial de lo que esa sustancia se iba haciendo.

¿Bastaba con esto? ¿Le bastaba a Unamuno lo más a que puede aspirar un escritor, un creador? No. Necesitaba saber «si hemos de morir del todo o no». «Y si no muero, ¿qué será de mí? Y si muero, ya nada tiene sentido». Esta era la pervivencia que le interesaba, la que necesitaba para que todo lo demás tuviera sentido, para que valiera la pena de ser vivido. De esta pervivencia no tuvo más que agónica esperanza; de ella no podemos tener certidumbre. Pero, más allá de lo que su irracionalismo creyó posible, usando -con plenitud a la que él renunció- la razón, tal pervivencia puede resultar inesperadamente inteligible. Y, por otra parte, si se permite otro tipo de reflexión, ¿habría algo más inverosímil que la vanidad de esa expectativa? ¿No hay que hacer una tremenda violencia mental -nacida de una voluntad de negación- para admitir que quien ha pervivido de tantas formas en sus obras, en sus huellas, en sus gestos, no haya pervivido en su realidad personal, raíz de todo ello? ¿No es una extraña tentación -aunque sea la más común en nuestro tiempo- la de considerar razonable la destrucción de la más real de todas las realidades conocidas?

J.M.*

* Presidente de Fundes. Miembro de la Real Academia Española. Escritor y Catedrático de Filosofía.